

Y en llanto deshechas,
 Buscan en tus brazos
 Su esperanza cierta.

Las ideas de estos versos y las demás palabras de Pilarita claváronse como saetas amorosas en el corazón del abuelo, que era en verdad una oveja descarriada, triste y macilenta que se había alimentado de yerbas venenosas y había llevado una vida tan inútil y vana como la misma vanidad del mundo; y juzgando que Dios le llamaba á sí por las palabras que había puesto en la boca de aquella criatura angelical, llamóla poco después y le dijo al oído:—Hija mía: dí á tu mamá que llame á un sacerdote, que el abuelito quiere confesarse.

Corrió la niña, y se lo dijo á la madre; la cual exclamó llena de espanto:—¿Chiquilla que dices?—Que el abuelito quiere confesarse.—¿Pero quien le ha avisado que había de recibir los Sacramentos?—Yo.—¿Qué le has dicho?—Que se moriría dentro de ocho días, como ha dicho el médico.—¿Dios mío! ¡Qué imprudencia! ¡Qué atrevimiento el de esta chiquilla! ¿Y porqué habías de decirle estas cosas?—Porque como quiero tanto al abuelito, deseo que cuando se muere, se vaya al cielo.—¡Ay! ¡Qué susto habrá recibido!—No sé; pero mire V. mamá, la Hermana nos dijo que era mejor ir con susto al cielo que sin susto al infierno.

Entró la señora en el aposento del enfermo para disculparse; y lo halló tan blando, que sin hacer él ningún caso de las excusas, la rogó llamase á un sacerdote para arreglar el negocio de su alma. Y aquel mismo día recibió los santos Sacramentos, y con ellos tan grande tranquilidad, resignación y confianza en la infinita bondad de Dios, que parecía otro hombre. De hombre del mundo parecía haberse trocado en un santo.

Deploraba la vanidad y los extravíos de su vida pasada, y besaba con amoroso afecto un pequeño crucifijo y una medalla de la Virgen que Pilarita le había traído, y suspiraba cada vez más por salir de las miserias de la vida mortal y entrar en la felicidad de la vida eterna que Jesucristo ha prometido á todos los pecadores que se convierten.

Cinco días después el dichoso abuelo agonizaba; y oprimido con amorosa confianza sobre su corazón el crucifijo de Pilarita, llamaba á la niña con voz desmayada diciendo:—¡Pilarita! ¡Pilarita! ¿Dónde estás?—Aquí estoy, respondió ella, acercándose á la cama y tomándole la mano helada que él le tendía. Entonces con palabras entrecortadas dijo el abuelito moribundo:—Dios te bendiga hija mía, porque has salvado á tu abuelito.—Y momentos después espiró en la paz del Señor.

(Hojitas populares.)